

Vida Nueva
VN

VidaNueva.co

06-19/08/2017 • N° 174/\$9.000

184285



CENTENARIO

Gerardo Valencia Cano: un apóstol de la no violencia

CINE

El silencio
de los fusiles

EN VIVO

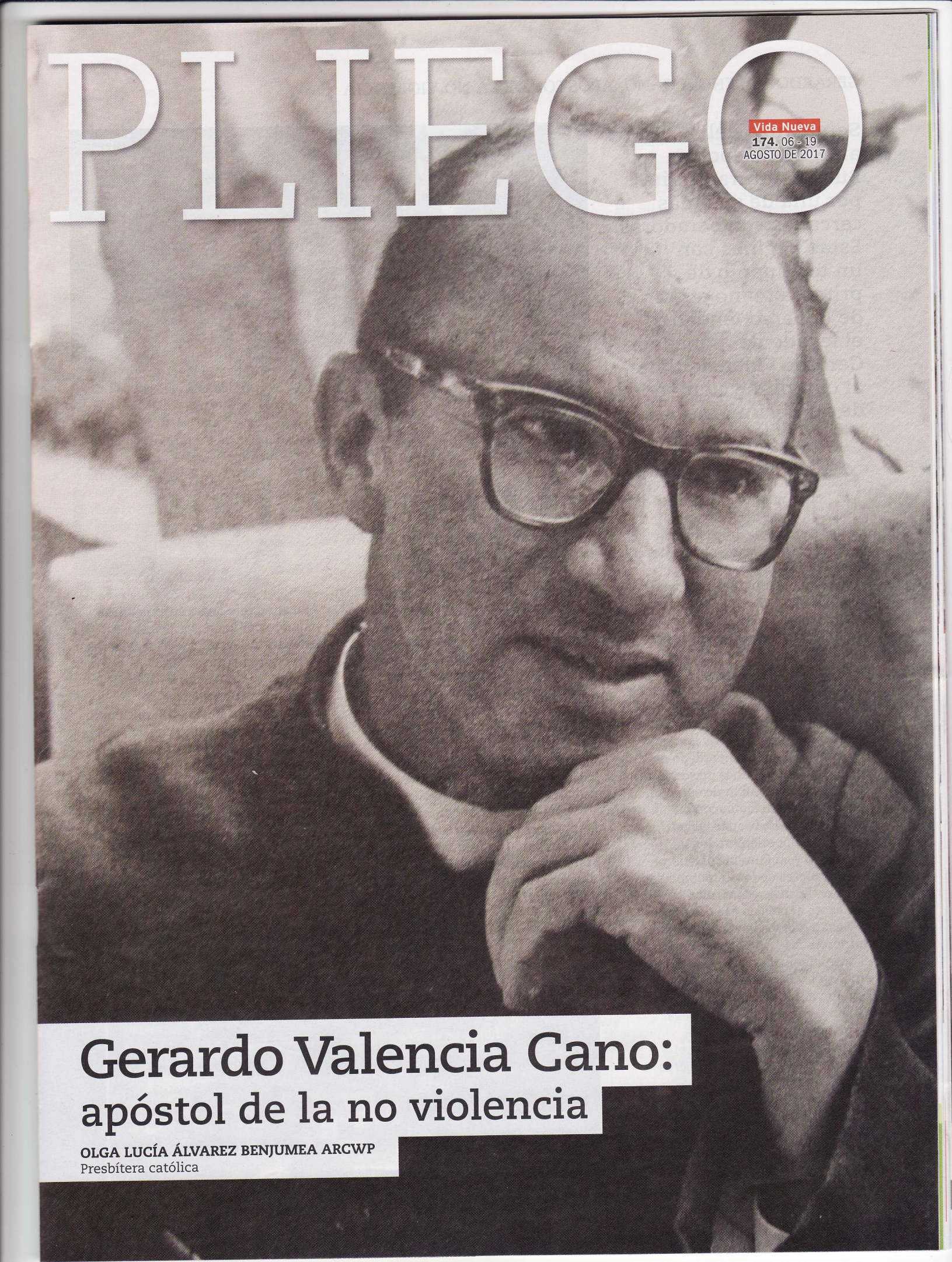
La trata de personas,
un desafío eclesial

A FONDO

El pastor y
la mina de oro



PLIEGO



Vida Nueva
174. 06 - 19
AGOSTO DE 2017

Gerardo Valencia Cano: apóstol de la no violencia

OLGA LUCÍA ÁLVAREZ BENJUMEA ARCWP
Presbítera católica

Semblanza del antiguo obispo de Buenaventura escrita por una de sus más cercanas colaboradoras. Estas páginas son un testimonio de primera mano acerca de la personalidad y el legado de monseñor Gerardo Valencia Cano, al cumplirse cien años de su nacimiento

Gerardo Valencia Cano nació en Santo Domingo (Antioquia), en agosto 26 de 1917. Fue el mayor de los doce hijos que tuvieron **María Cano Tobón** y don **Juan de Dios Valencia Osorio**.

Su sobrina **Jenny Valencia** nos aporta el siguiente comentario: “mi abuelo fue comerciante en Santo Domingo y contaba con una finquita que le suministraba la leche y las verduras para su prole; cuando la crisis del 30, la situación económica cambió y para pagar a sus acreedores tuvo que sacrificar sus bienes y trasladarse a la tierra que mi abuela había heredado de su mamá cerca de la finca de su padre, **Ricardo Cano**, hombre de carácter recio, que contaba aún con buena fortuna, ganado, bestias, yeguas, mulas y buenos sembrados”.

Gerardo y su familia conocieron los sinsabores de los empobrecidos, a raíz de la crisis económica que azotó al país en esa década, situación que los llevó a la quiebra. Sufrieron el acoso de los acreedores, el despotismo, la marginación, los embargos y las amenazas, que los llevaron a salir del pueblo y a irse a vivir al campo, en una bodega.

Fue ordenado sacerdote el 29 de noviembre de 1942, en el Instituto de Misiones Extranjeras de Yarumal, fundado por monseñor **Miguel Ángel Builes**.

En 1943 el Seminario de Misiones de Yarumal tuvo el privilegio de contar con él, como su prefecto de disciplina.

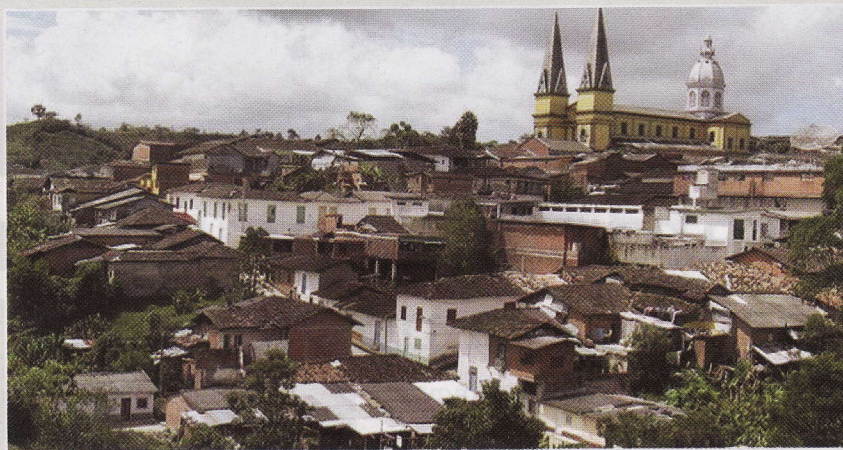


En 1944 viajó a Bogotá con el fin de especializarse en filosofía, en la Universidad Javeriana, donde estuvo dos años. Desde la capital escribió a sus padres. Sabiendo la situación difícil por la que estaban pasando, compartió con ellos su poco dinero como estudiante: les envió cinco pesos y un ejemplar del diario *El Siglo*, con las noticias de la época.

El 19 de Julio de 1949 fue nombrado prefecto apostólico del Vaupés, que en aquel entonces comprendía Guanía y Guaviare. Le acompañaron tres misioneros: su hermano, el padre **Félix Valencia**; el padre **Manuel Elorza** y el hermano **Carlos Barrientos**.

Su alma misionera se expandió viajando por los ríos bravíos, desafiando las peligrosas cachiveras, los peligros de nuestra selva; haciéndose “indio con los indios” de los diferentes pueblos.

En medio de su pastoral misionera, sorprendió a sus compañeros sacerdotes, religiosas y fieles haciendo sonar las notas de algún instrumento musical. Se le conoce también como poeta, autor del libro *Con Dios a la madrugada*. Fue compositor de la letra y de la música del *Himno del Vaupés* (“Soy un hijo de la selva, un hermano del tucán. Mi carcaj abunda en flechas; y de hevea, el siringal. Soy tukano, selva mía, y



te quiero con furor. Yo por ti morir podría. Y me muero por tu honor”).

Fue nombrado Vicario Apostólico de Buenaventura el 11 de marzo de 1953. El 24 de mayo de 1953 fue consagrado como tal, para el ejercicio de su ministerio episcopal, hasta el día de su muerte (enero 21 de 1972).

En 1953 Fundó UFEMI (Unión Femenina Misional, hoy Unión Seglar de Misioneros-USEMI). Desde que estaba en Vaupés tenía la inquietud de organizar un equipo misionero. Las primeras semillas que se manifestaron en ese entonces fueron **Teresa Guevara, María Loaiza y Margarita Franco**, quien murió ahogada en una cachivera, en el río Inírida.

Entre 1956 y 1959, Gerardo prestó sus servicios como Superior General de los Misioneros Javerianos de Yarumal.

En su calidad de obispo, entre 1962 y 1965 participó en el Concilio Ecuménico Vaticano II, convocado por Juan XXIII.

En 1964 fundó el Seminario de San Buenaventura. Su objetivo principal: la formación de un clero autóctono. Esta fue su primera obra en favor de la población afro, con proyección a futuro.

Simultáneamente, fundó más instituciones y dio su apoyo a otras. Todas dentro del marco de buscar el desarrollo de los valores propios de los afrodescendientes. A él se le atribuyen: el Instituto Industrial de San José (hoy conocido como el Instituto Industrial Gerardo Valencia Cano); el Hogar de Jesús Adolescente; la Normal de Señoritas; el Colegio San Vicente; el Instituto de la Anunciación; y el

Instituto Matías Lumumba, a donde venían las familias campesinas por un determinado tiempo, se les capacitaba en técnicas agrícolas y de lectura popular de la Biblia. Regresaban a sus zonas y venían otras familias.

Por los ríos y veredas Gerardo fue fundando varias escuelas rurales. Era capaz de dormir donde le cogiera la noche (como le tocó en sus viajes misioneros a San Francisco del Naya). Llevó los servicios del SENA; dio su respaldo al Colegio Pascual de Andagoya; al Liceo Femenino del Pacífico. A través de él, también llegó a Buenaventura el plan Foster de apadrinamiento, administrado en sus inicios por las misioneras de UFEMI. Esta institución fue de gran ayuda para miles de niños y sus familias.

En ningún proyecto se vio a Gerardo como representante legal, coordinador, director, administrador, gerente, jefe de personal, “dictador” o “presidente”. Su episcopado fue un episcopado de servicio, entregado al pueblo. No obligaba a nadie. Invitaba, generaba proyectos y los entregaba; proponía; retaba: “vos podés”, “vos sos capaz”, “anda y después venís y me contás”. No valían las excusas o disculpas. No admitía el “no sé”, el “no puedo” ni el “no soy capaz”.

Su vida y su testimonio fueron una profecía viva. Su energía fue el evangelio, en oración todas las mañanas, antes de ir a su programa en Radio Buenaventura. No era lejos, se iba caminando. A las siete de la mañana y a las siete de la noche, en cualquier casa, se podía escuchar la voz y el mensaje de Gerardo. Su mensaje en la radio siempre traía alguna enseñanza

que sacudía y cuestionaba la conciencia de los poderosos y de los sufridos (invitándoles a reaccionar, a reclamar sus derechos, a capacitarse y a organizarse, sin tener que ser limosneros).

A las 7:30 am ya estaba en la catedral celebrando la eucaristía. La población de Buenaventura podía saber cuándo Monseñor no se encontraba en la ciudad porque su programa no salía al aire.

Parte de la mañana atendía las llamadas al teléfono y su correspondencia; dejaba escrita de puño letra cada respuesta, para ser pasada a máquina en el papel con membrete del vicariato. Después de tomarse un tinto en el comedor, salía a visitar los barrios, a conversar con la gente; iba a sus casas a enterarse de sus necesidades, de sus angustias y problemas. Y compartía con ellos un tinto o lo que le ofrecieran. Bien podía llegar y encontrar que estaban discutiendo; que la abuela decía: “¡Carajo!”. Cuando eso pasaba, y ella veía a Gerardo en la puerta, se preocupaba; entonces él contestaba: “no te preocupes, los ajos son necesarios en la cocina”.

Nunca vi a la gente haciéndole fila para una cita. Hombre sencillo, de mirada profunda, de vestir austero, gozón de las cosas simples, lo mismo atendía en el atrio, en el bus, en la calle, en la sacristía, en el comedor, que en la oficina. No tenía chofer ni guardaespaldas. Él mismo manejaba la camioneta del Vicariato; ayudaba llevando las remesas de las misioneras al embarque del río Calima, sin que por ello perdiera su dignidad episcopal. Era inquieto, de andar de ligero, con las antenas puestas; siempre atento



María y Juan de Dios, sus padres



Sus hermanos

GERARDO VALENCIA CANO, APÓSTOL DE LA NO VIOLENCIA

» al acontecer de la realidad, no solo de Buenaventura, sino del mundo entero.

EL PACTO DE LAS CATACUMBAS

Antes de la clausura del Concilio, el 16 de noviembre de 1965, en Santa Domitila (Roma), se celebró el Pacto de las catacumbas. Participaron 40 obispos, liderados por Dom Helder Cámara. Allí se acordó una Iglesia servidora y pobre. Gerardo cumplió a cabalidad su compromiso. Se despojó de los arreos episcopales, de títulos y de privilegios. Pedía que se le llamara simplemente así: Gerardo, pero el pueblo le llamaba cariñosamente Moncho o “el hermano mayor”.

Lo conocí recién terminado el Concilio. Recuerdo que estaba en el comedor almorzando con los padres y entré a saludarlo. Intenté hacerlo de la manera acostumbrada, besándole el anillo, y no me dejó. Me quedé extrañada y sin saber qué hacer. El padre Alfonso Cárdenas me tranquilizó con sus gestos y me dijo: “tranquila, es que él acaba de firmar un documento en Roma y lo que ahí firmaron lo está cumpliendo”.

Tiempo después, en otra ocasión, llamó a mi madre y le dijo: “Ve, Margarita, échale un poquito más de agua a la sopa, que voy a ir a almorzar con ustedes”. Su metodología pastoral me hace recordar hoy el pasaje de Jesús con Zaqueo, que narra el *Evangelio según San Lucas*. En ese mismo almuerzo, al preguntarle: “Monseñor, ¿qué quiere de sobremesa?”, él me respondió: “Ve, vos, ‘Su Excelencia’ es Cantiflas, ‘Monseñor’ Carlos Ponte y yo soy Gerardo. Dame mazamorra”.

Después del Concilio Gerardo llegó a Buenaventura a enfrentarse a las autoridades locales y del Gobierno, debido a los desalojos en la zona de Bajamar. Estos barrios fueron contruidos por los habitantes del puerto, aprovechando la marea, haciendo rellenos con las basuras. Ellos mismos les pagaban a los hombres del municipio que hacían el aseo de la ciudad. Se conocía que habían muerto varias personas, entre ellos niños, ahogados. Sin que nadie se lo pudiera impedir, Gerardo se metió al barrial provocado por la draga de Puertos de Colombia que habían metido para derribar los ranchos. Su presencia evitó una



En el Concilio Vaticano II

masacre. Monseñor pasó muchas horas ahí. El pantanero ya le llegaba a las rodillas. Sin quererse mover, decía: “tendrán que pasar sobre mi cadáver”. Los bomberos lo sacaron a la fuerza y quedaron suspendidas las obras, debido a su actitud de compromiso y de entrega en defensa a sus hermanos afro.

Así se expresaba Gerardo al referirse a esa situación infame: “las gentes del interior del país, que visitan en Buenaventura los barrios de la marea: Venecia, Santa Mónica, La Playita, Lleras, etc., se quedan pasmadas ante la miseria de estas pobres gentes que, además del hambre, la desnudez y el abandono en que viven, tienen que someterse al tormento del relleno de las calles con la basura que se recoge en la zona A (la zona donde vive la gente más acomodada). Aquellas pobres gentes no han podido vivir de otro modo: al pantano de la marea le tienen que agregar la basura y la inmundicia para poder caminar. Pobres hermanos

nuestros de los barrios de la marea. Tienen que condimentar su hambre y su desnudez con la basura fétida que les llevan a un buen precio los carros del municipio”.

Su coraje y valentía viven en la memoria del pueblo porteño y de quienes lo conocimos.

En ese mismo año, 1966, Gerardo fue designado como el primer presidente del Departamento de Misiones del CELAM. Tomó las riendas de dicha entidad con gran celo en su trabajo. Con su labor y su testimonio, dio un gran impulso al espíritu misionero en América Latina. Se articuló con los otros departamentos (pastoral, liturgia, educación).

En abril de 1968 dirigió el Primer Encuentro Continental de Misiones en América Latina, celebrado en Melgar (Tolima). Estuvieron presentes 18 obispos y varios misioneros venidos de diferentes partes de América Latina. Se reunieron con 40 especialistas en diferentes ciencias y disciplinas, a fin de buscar y dar

“El peligro de la tecnocracia”

“La orden de enseñar como sucesores de los apóstoles nos ha hecho olvidar el verdadero sentido de nuestra acción: ‘hacernos todo con todos’. En cambio, nos hemos sentido maestros y nos hemos fabricado una serie de estructuras que van desde la Santa Regla hasta la palabra infalible, pasando por códigos, contratos, rituales, regiones, diócesis, provincias, repúblicas, Santo Fundador, espíritu, sistemas, convenios, tratados, cuasi-parroquias, superior mayor, prefectos y vicarios apostólicos, dispensas, privilegios, conferencias episcopales, congregaciones romanas. Y pues el vicio es como el péndulo: ahora vemos aflorar el peligro de la tecnocracia, otra estructura no menos esclavizante. Si el Verbo, sabiduría de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo, susceptible de ser considerado pecador, y cabecilla de salteadores, ¿cómo es posible que sus discípulos se aboguen el nombre de maestros para enseñar ‘como quien tiene autoridad’ en lugar de alegrarse de ser insultados y perseguidos por su maestro”

Gerardo Valencia Cano

solución a las necesidades de la pastoral misionera, analizando y reflexionando en profundidad los documentos del Concilio. "El encuentro de Melgar se efectuó con miras a la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, pues creíamos necesario que también los misioneros se hicieran presentes con el aporte de sus inquietudes, problemas y soluciones", escribió en el documento conclusivo.

En junio de 1968, en Viotá (Cundinamarca), participó y acompañó a un grupo de sacerdotes (después conocido como Golconda) que lo buscaron a fin de estudiar y pensar su labor pastoral en torno a la encíclica *Populorum progressio*, de Pablo VI. Varios testimonios coinciden al señalar que su participación en el grupo fue moderada y esporádica.

En su diario, el 27 de agosto, Monseñor dejó escrita la siguiente reflexión: "Los males que nos aquejan son tales que se necesitan cambios profundos en el hombre latinoamericano, para que podamos situarnos en la tranquilidad de la paz. ¿Cuál ha de ser el papel de un obispo en este cambio? 'Guías, maestros y profetas', como nos llama Paulo en su discurso de apertura. No podemos ser ni inactivos ni rutinarios ni tímidos ni anticuados en medio de un mundo que tiene conciencia de sus desequilibrios económicos, sociales, políticos y morales".

Del 26 de agosto al 8 de septiembre de 1968 participó en la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Medellín. Allí, en su conjunto, los obispos participantes se expresaron de la siguiente manera: "se impone un

cambio de estructuras, pero no se debe acudir a la violencia armada y sangrienta, que multiplica los problemas humanos, ni a la violencia pasiva inherente a las estructuras actuales, que deben ser modificadas".

UN HALO DE ESPERANZA

El documento de Medellín no fue hecho de la noche a la mañana. Hubo consultas previas; de ida y venida, borradores enviados a los diferentes departamentos y comités, a sus expertos asesores para cada uno de los temas propuestos. Fueron varios meses de trabajo y desvelo intenso. Se trabajaba con amor, dedicación y ahínco. El servir, vivir y sentir de Iglesia es algo que se lleva en la sangre.

En su relectura bien se puede recrear la fuerza de la *ruah* presente, mostrando pistas para disfrutar la diversidad en las diferentes teologías (femenina, afro, campesina, indígena, etc.) que abren caminos de manera especial al laicado, a las mujeres, a los hombres y a los jóvenes.

Este *mándala* eclesial, aparecido en 1968, surgió en medio de la opacidad del humo levantado y del olor a pólvora que cubría -y sigue cubriendo- a nuestro continente en la búsqueda de la justicia y de la paz, siempre tan añoradas. Era un halo de esperanza y aire fresco, en medio de las tensiones vividas. No se ignoraba la guerra de Vietnam (iniciada en la década de los 60), la Revolución cubana ni las protestas de los jóvenes en Europa. En el pueblo y en la juventud quedó tatuado en el alma el sacrificio de la vida de Camilo Torres Restrepo (febrero 15 de 1966) y de Ernesto "El Ché" Guevara (octubre

"La nueva Iglesia"

"El equívoco de considerar la evangelización como una empresa meramente humana hace que pretendamos construir estructuras paralelas a las políticas, a las técnicas, a las de cualquier género, haciendo depender la eficacia de la evangelización del acierto en la estructuración. En una región y época como las presentes son los profetas y los apóstoles y no la Ley mosaica, el Código de Justiniano, lo que señalará la nueva Iglesia de Cristo y de Pedro y de Pablo y de los agustinos y los franciscos y los Juan XXIII".

Gerardo Valencia Cano

9 de 1967). Todo ello, cual *mándala* en movimiento permanente, titilaba allí.

Imposible no mencionar a monseñor Manuel Larraín, precursor e impulsador del CELAM, desde sus albores, un obispo con olor a tierra, pionero de la reforma agraria en Chile, gran defensor de la clase trabajadora. Hago mención de personajes que con su testimonio, compromiso y actitudes fueron dejando las bases para un CELAM eclesial, que se veía venir hecho todo un *mándala*. Sembrando, plantando y cuidando las semillas del Vaticano II en este continente, en medio de los desafíos y complejidades de un mundo moderno; pero desde una fidelidad al Evangelio.

Como una bendición de la Esencia Divina, en mi búsqueda vocacional misionera tuve la suerte de estar en contacto con monseñor Leonidas Proaño, Víctor Garaygordobil (Ecuador), Samuel Ruiz (México), José Dammert Bellido (Perú) y Gerardo; personajes de alto talante misionero que dejaron su *imprimatur* en mi alma, en el esfuerzo por la justicia y la paz, como pastores comprometidos con el pueblo. Un pueblo que impulsaba y daba sentido a su ministerio sacerdotal y episcopal. Ellos entendieron el llamado que los convocaba y los empoderaba a fin de hacer vivos los signos de los tiempos. Obsérvese que no digo que son los pastores los que empoderan al pueblo. Es el pueblo el que les empodera y enseña. Todos ellos y los que se me escapan al nombrar, también son parte del *mándala* eclesial que hoy conocemos.



Camilo Torres



Ernesto "El Ché" Guevara

GERARDO VALENCIA CANO, APÓSTOL DE LA NO VIOLENCIA

» A 50 años de la reunión de Medellín descubrimos que la realidad latinoamericana no ha cambiado mucho. Esto es preocupante. Los problemas sociales de ayer siguen latentes, especialmente el desempleo en las ciudades y el abuso contra las mujeres, la niñez, los campesinos, los indígenas y los afros, el crecimiento de los desplazados y los migrantes, fruto de la violencia de los diferentes grupos armados en conflicto. Basta con mirar las redes sociales y algún otro medio de comunicación del pueblo para darnos cuenta de lo que está sucediendo. La explotación inadecuada de la "Casa Común". La falta de capacidad para mostrar la presencia de la Divinidad no nos permite empoderarnos de la dignidad que todo ser humano tiene como hijo o hija; de una manera inclusiva que nos envuelva y arrope en el mandala de la Divinidad, en su diversidad, siendo todas y todos iguales en el Uno.

A la luz de esos maravillosos documentos de la Iglesia, siento la necesidad de darlos a conocer, de releerlos, de meditarlos, pidiendo a la Divinidad que nos dé coraje, fuerzas y energía, sobre todo para hacer posible la primavera eclesial, para hacer renacer la Iglesia de las cenizas, como el Ave Fénix; retomando el mensaje de la Buena Nueva, haciendo que la Iglesia sea el medio que nos lleve a la justicia y a la paz, a través de mujeres y hombres; viviendo y potenciando el bautismo.

"ME CONSAGRO A TI"

Terminada la Asamblea de Medellín, las conclusiones de tan importante reunión no fueron bien recibidas por la jerarquía colombiana, en su gran mayoría.

A Gerardo le tocó vivir un pesado ambiente de tensiones, entre los obispos del país y los medios de comunicación. Ello no lo amedrentó ni lo asustó. Fue un hombre de oración, de evangelio, de Iglesia.

Gerardo nos dejó consignado su pensamiento durante el día final de la Asamblea de Medellín: "aquí me tienes hoy al final de esta importantísima asamblea. ¡Cuán grande eres! A pesar del duro y amplio bloque detrás del cual se oculta tu transcendencia, mis ojos te penetran, no a ti, sino a lo que

"La principal arma" (Carta escrita en atención a la muerte de Camilo Torres)

Buenaventura, 15 de Abril de 1966

Señorita

Jenny Valencia M.

Medellín.

Jenny:

Amparo me envió tu carta comentario sobre la muerte del infortunado padre Camilo [Torres]. Desde luego te digo que no me gusta el enfoque que le has dado. Tú ya me conoces y sabes que soy gran admirador de la audacia, la constancia, la firmeza, la abnegación, el amor al prójimo donde estén, y que estas virtudes encarnadas hacen de esa persona para mí un ser amable. Pero esto no es razón para que por la abundancia de él en una de estas virtudes yo vaya a justificar todos sus actos. Por ejemplo, hoy me tienes metido en un gran lío, a favor de los pobres de este Puerto. ¿Querías tú que en lugar de tener como arma principal la oración y la misa yo me armara con un fusil para ponerme al frente de estos pobrecitos?

Más aún. El Evangelio de que debe ser portador todo cristiano, y más un sacerdote, se ha impuesto hasta hoy contra los más poderosos enemigos, incluyendo los comunistas, por la firmeza y la oración, por el perdón y el amor efectivo, por la abnegación total, aun a favor de los más reacios enemigos; y jamás han tenido éxito quienes, como nuestro infortunado sacerdote, el padre Camilo, han querido servirse de las armas para triunfar [con] la más bella idea.

Tú lo absuelves a él, porque asesina a quien lo traiciona y condenas a quienes lo matan en cumplimiento de un juramento de defender el orden de la patria.

No creo que tú me ganes en amor por este infortunado hermano mío en el sacerdocio, ni creo que tú hayas orado más que yo por él. Ojalá me ganes.

Pero fíjate que tu modo de pensar no está muy de acuerdo con el evangelio de Cristo y mucho menos con su táctica de redención del mundo.

Piensa bien en que la pedagogía de la redención la hace un Dios tan íntimamente unido a nosotros que por todo es mirado como un solo hombre; y tan divinamente unido a la Divinidad que los mismos que lo crucificaron bajan del Calvario diciendo: "Verdaderamente este es el Hijo de Dios".

Lo verás y te convencerás: la redención del mundo solo se hará viviendo el evangelio, realizándolo por aquel "amaos los unos a los otros", tratando de hacer con todo el mundo la unidad tan perfecta como la que hay entre Jesús y su padre Dios.

Te bendice tu afectísimo en Cristo.

Gerardo Valencia Cano mxy

Vicario Apostólico de Buenaventura

nos separa; y te descubro hecho un piélago de amor. Gracias, mi Dios, dime qué quieres en pago de tanto amor como me demuestras. Hoy nuevamente me consagro a ti, con toda la veracidad de mi alma, para seguirte pobre, desprendido de todo, con mi cruz a cuestas hasta donde quieras, como quieras; teniendo cada día un ánimo mayor de ser como tu hijo Jesús..." (aportes del diario cedido por su sobrina Jenny Valencia).

En junio de 1968 a Gerardo le tocó enfrentar una situación dura entre los agentes aduaneros y el pueblo porteño. Fueron días de fuertes tensiones, manifestaciones y paro general en la ciudad. Con

su presencia y con mensajes radiales apaciguó tanto a los de la aduana como a la población.

En diciembre de 1968, del 9 al 13, en Buenaventura, fue el anfitrión del segundo encuentro del grupo Golconda. Dado el apoyo y simpatía que siempre les manifestó a los sacerdotes, su presencia en el grupo dio para que se creyera que él era el inspirador, tal como muchos lo han difundido y lo han creído.

Algunos de los testimonios reunidos entre los integrantes del grupo concuerdan al señalar que cuando se reflexionaba sobre la toma de las armas (cosa que hicieron algunos miembros del grupo después, al unirse a la guerrilla), Gerardo se



puso de pie y, alzando la Biblia, dijo: “¡Esta es mi única arma!”.

Entrevistado por **Javier Darío Restrepo**, **Noel Olaya**, uno de los fundadores del movimiento, señaló: “monseñor Valencia simpatizó con el grupo y asistió el último día de la reunión, que fue de tres días. Quiso firmar el documento, estuvo de acuerdo con él, pero tenía sus temores. A él lo que no le gustaba era lo del marxismo. Pero como él era obispo, y ante la gente el obispo es el que manda y el que dirige, por eso apareció ante la opinión como el jefe de Golconda. Por eso las reacciones que hubo en el país y fuera de él le llegaron a él. Pero todo eso quedó desconocido, porque él se lo guardó. Yo supe de eso porque me lo dijo alguna vez: que tenía un folder grande con todo lo que había llegado. Pero no lo dio a conocer. Para nosotros hubiera sido muy interesante saber qué críticas había, pero él se lo guardó y ni siquiera lo mencionó en las reuniones que hubo después. Ni siquiera cuando planteé nuevas reuniones ante el estancamiento en que habíamos entrado. Había una falta de comunicación, señal de que las cosas no marchaban bien, hasta que eso se fue acabando poco a poco y quedamos las mismas personas del comienzo” (*La revolución de las sotanas*. Bogotá: Dos de Bastos. 2016. P. 62).

Al respecto, en respuesta al padre **René García**, miembro del grupo, quien le preguntó sobre la situación del movimiento, el mismo Monseñor expresó: “soy amigo de Golconda, pero no de los padres que no predicán la fe” (**JARAMILLO**, Gerardo. *Monseñor Valencia*. 1972: edición del Vicariato de Buenaventura. P. 238).

Me atreví a cuestionarle su relación con Golconda, preocupada por su integridad física y por los aspavientos de la jerarquía de la Iglesia Católica, del Gobierno colombiano y de los medios de comunicación. “¿Vos has visto un mosaico?”, me preguntó. “Eso es Golconda: un mosaico”.

“MI PROPIO HOLOCAUSTO”

Entre el 14 y el 19 de septiembre de 1969 se reunió en Caracas con los obispos de las comisiones episcopales de América Latina, con el fin de compartir la toma de conciencia en común ante los problemas y sus consecuencias pastorales. Dejó propuestas algunas líneas de acción para la pastoral misionera.

El tercer y último encuentro de Golconda fue en Sasaima (Cundinamarca) el 24 de febrero de 1970. La reunión dejó claro que la única pretensión de quienes participaron era de carácter pastoral y en relación con el anuncio de

la Buena Nueva. Saltó a la vista su preocupación por vivir y morir siguiendo el espíritu de Jesús, como lo hicieron los primeros creyentes según Hechos 4, 32: “la multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba como propios sus bienes, sino que todo lo tenían en común”.

En ninguna de sus reuniones Golconda se declaró partido político ni determinó ser un grupo insurreccional cual si sus miembros fueran comunistas infiltrados dentro de la Iglesia, como muchos los quisieron presentar; razón de la persecución por la que los hicieron pasar.

Los años 1969, 1970, 1971 y 1972 corresponden a la época más dura para Gerardo y para la Iglesia de los Pobres. Es la época en que se le calumnió, se le denigró y se le dio el apelativo del “obispo rojo”, impuesto por el periodista **Jaime Arango**, del programa *Buenos días, Colombia*, de la Cadena Radio Super.

En 1969, con su presencia discreta junto a **Gustavo Pérez**, **Camilo Moncada**, **René García**, la hermana **María Elena Ángel** y **Noel Olaya**, nació el Departamento de Teología, desde el Instituto Colombiano de Desarrollo. Desde esa oficina se gestó el epicentro de la Teología de la liberación no solo para Colombia, sino para toda América Latina. Contaba con el apoyo de obispos como monseñor **Samuel Ruiz** (México) y monseñor **Legarra** (Panamá). Todo ese desplazamiento y apoyo tenían que ver también con el hecho de



LA FORMACIÓN MISIONERA DEL SACERDOTE

» que la sede del CELAM estuviese ubicada en la capital de Colombia.

Circulaba material de apoyo para los delegados de la Palabra de Centro América, que se daba a conocer a los obispos, al clero y a la Vida Religiosa. Desde allí se organizaban encuentros, como el Primer Simposio de Teología de la Liberación, realizado en marzo de 1970, en el teatro del Colegio María Auxiliadora, en Bogotá. Se contó con la presencia de monseñor Leonidas Proaño, de Ecuador; de teólogos como **Gustavo Gutiérrez**, **Alex Morelli**, **Hugo Assman**, **Juan Luis Segundo**, entre otros. De esa época quedaron en la memoria los libros *Aportes para la Liberación* y *Apuntes para una Teología de la Liberación*, este último editado por la Librería América Latina (Bogotá).

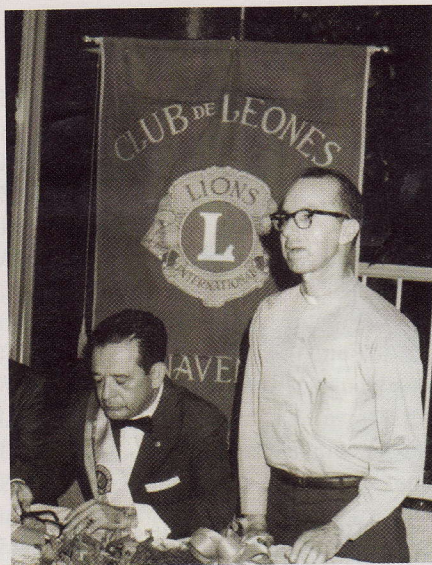
Se realizaban encuentros en Centro América y América del Sur; encuentros locales y regionales en diferentes zonas.

La misión de esta oficina era capacitar al clero y a la Vida Consagrada; y dar a conocer mediante simposios y talleres los documentos del Concilio; los de Melgar, sobre pastoral misionera; y las conclusiones de la Asamblea de Medellín.

Para este proyecto, en concreto, se contó con apoyo de Catholic Inter-American Cooperation Program (CICOP), cuyo director era el padre **Louis Michael Colonnese**, encargado para América Latina. Pero cuando en el episcopado americano se dieron cuenta del auge y de la labor que se estaba desarrollando, los auxilios fueron suspendidos. El padre "Mike" fue retirado del cargo y el CICOP fue cerrado. Así se empezaba a sentir la represión y persecución, ya no solo de palabra, sino con acciones como esta.

Entre el 21 y 27 de marzo de 1971 Gerardo estuvo reunido en Iquitos (Perú) con obispos de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Perú y Colombia. En esta ocasión, a la Luz de la Palabra, los documentos de Melgar y de Medellín, el equipo de misioneros de base analizó y reflexionó sobre las angustias y esperanzas de los pueblos amazónicos.

En su diario, el día 17 de noviembre de ese año dejó escrito lo siguiente: "no entiendo tu lenguaje. Señor, recuerdo que soy sacerdote 'para ofrecer dones y sacrificios por los pecados míos y los del pueblo'.



¿Qué dones te ofrezco? El don de mí mismo. ¿Y cuál sacrificio? Mi propio holocausto. ¿Esto vale de algo? Lo mismo que los sacrificios de la antigua Ley. Tú me exiges otro de mayor precio: 'La Ley hizo pontífices a hombres débiles, pero la palabra juramento que sucedió a la Ley instituyó al hijo (sacerdote) para siempre perfecto'.

El 14 de enero de 1972, antes de viajar a Yarumal para una reunión con los Misioneros Javerianos, dejó firmado el Decreto n. 44. Fue su último decreto. En dicho documento propuso a los sacerdotes de Buenaventura plantearse vivir con el salario mínimo decretado por el Gobierno.

El 21 de enero, en el aeropuerto Olaya Herrera de la capital antioqueña, Monseñor tomó el avión DC3 HK661 de Satena, con ruta Medellín-Quibdó-Buenaventura, que luego se accidentó en Los Farallones. Según se decía, el sitio era inaccesible, razón por la que fue declarado "campo santo". Sin embargo, el intrépido **Ricardo Saldarriaga**, párroco de Los Farallones, con un grupo de campesinos, se arriesgó a llegar al lugar de la tragedia, para el rescate, que ocurrió solo hasta el 2 de febrero.

Según contaba, al ver el cadáver de Gerardo, el padre Antonio Ruiz se dijo a sí mismo: "este se salió con las suyas, logró lo que tanto quiso: ser negro igual que los negros".

Monseñor fue enterrado en Buenaventura el 6 de febrero de 1972. Sus restos reposan en la nave izquierda de la catedral de la ciudad.

El ministerio sacerdotal de Gerardo tiene todos los rasgos "revolucionarios" de la construcción del Reino. Porque el Reino anunciado por Jesús fue, es y será, ayer, hoy y siempre, "revolucionario". Por eso lo asesinaron los poderosos de su tiempo. He aquí un reflejo del pensamiento de Gerardo al respecto: "no confundo sacerdocio y política, pero sé que en este momento que vive una nación cristiana como Colombia el sacerdote debe ser por vocación 'la levadura' para el cambio que esperamos; y que su palabra y su acción, valientemente evangélicas, tienen que ser luz para los marginados y sirena de alarma para los dirigentes".

Se llegó a comentar por los pasillos y a los oídos de quienes éramos sus más allegados que el Embajador de Colombia ante la Santa Sede, apoyado por algún clero no simpatizante con Gerardo, estaban solicitando su destitución como obispo. Esto no se nos hacía nada raro, pues Pablo VI acababa de destituir a Dom **Antulio Parrilla**, de Puerto Rico.

EL AQUÍ Y EL AHORA

Termino hablando de Gerardo como apóstol de la no violencia. Además de admirar a Jesús, admiró a **Ghandi**, **Mandela**, a **Martin Luther King**. Era un hombre que vivía el "aquí y ahora". No improvisaba. Siempre estaba dando un mensaje y comunicando su pensamiento, en el hoy. Lo recuerdo en el comedor. Ambos buscábamos un café. Había hormigas en la mesita al lado de la azucarera, y dijo: "¿qué pensarán estas? Tanto trabajar. No pierden su tiempo. Se ayudan mutuamente y sin aviso previo les cae un monstruo encima y las acaba". "¿Qué impide la unión de los débiles? ¿La vigilancia de los fuertes?". Ese era Gerardo: incapaz de matar una hormiga.

Son testigos de su testimonio las mujeres y los hombres de la Isla del Cascajal, Buenaventura, los sacerdotes, las religiosas y los profesionales en sus diferentes disciplinas. Vivió intensamente la vida, el evangelio y su pertenencia a la Iglesia. Supo anunciarnos la Buena Nueva: "bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados". ●